

miento del temblor general de las cosas, del vértigo, del deslumbramiento universal del espíritu humano que corre con demasiada rapidez para darse cuenta de su mismo progreso; pero que tiene el instinto de un término nuevo, desconocido, adonde Dios le lleva por la senda áspera y llena de derribaderos de las catástrofes sociales. Admiré también aquel maravilloso poder de la locomoción del pensamiento humano, de la prensa y del diarismo, por medio de los cuales un pensamiento que se me había ocurrido, seis meses antes, en una alameda de Saint-Point, iba á encontrarse conmigo, como un hijo que busca á su padre, y á despertar los antiguos ecos de Nazaret con los sonidos de una lengua ya universal.

20 de Octubre, 1832.

He almorzado en el pabellon de M. Cattafago, con un hermano suyo y algunos árabes. Recorro de nuevo las cercanías de Nazaret, y visito en la montaña la piedra adonde Jesus iba, segun las tradiciones, á comer con sus primeros discípulos. M. Cattafago me da cartas para San Juan de Acre y para el muzlin de Jerusalem.

El 21, á las seis de la tarde, salimos de Nazaret. Todos los padres españoles é italianos del convento, reunidos en el patio, se agolpan alrede-

dor de nuestros caballos, y nos ofrecen unos, votos y oraciones por nuestro buen viage, otros, provisiones frescas, excelente pan cocido la noche anterior, aceitunas y chocolate de España. Doy quinientas piastras al superior en pago de su hospitalidad, lo que no impide á algunos padres jóvenes españoles deslizarme por lo bajo sus solicitudes al oido, y recibir furtivamente algunos puñados de piastras para comprar tabaco y los demas regalillos monacales con que distraen su soledad.

Los viajeros han hecho una pintura novelesca y falsa de estos conventos de la Tierra Santa; nada hay ménos religioso ni ménos poético que los tales conventos, vistos de cerca. El pensamiento que ha dirigido su institucion es grande y bello: unos hombres se arrancan á las dulzuras de la civilizaci6n de Occidente para ir á esponer su existencia, ó ir á pasar una vida de privaciones y de martirio entre los perseguidores de su culto, en los sitios mismos donde han consagrado la tierra los misterios de su religion: ayunan, velan, hacen oracion en medio de las blasfemias de los turcos y de los árabes, para que un poco de incienso cristiano humee todavía en los puntos donde nació el cristianismo. Son los guardas custodios de la cuna y de la sepultura sagradas: el ángel del juicio final los hallará solos en este sitio, como aquellas santas mujeres que velaban y lloraban junto al sepulcro vacío.

Todo esto es bello y grande en el pensamiento; pero en la realidad es preciso descartar de ello casi todo lo grandioso. Ante todas cosas advertimos que no hay persecucion, que ya no hay martirio: alrededor de esos hospicios, una poblacion cristiana está á las órdenes y al servicio de los frailes de estos conventos: los turcos no los molestan en manera alguna, antes por el contrario los protegen, como que son el pueblo mas tolerante de la tierra, y el que mejor comprende el culto y la oracion en cualquier lengua y bajo cualquier forma que se le presenten: solo aborrecen el ateismo, que les parece, con razon, una degradacion de la inteligencia humana, un insulto á la humanidad mucho mas que al ser evidente, Dios.

Estos conventos, están ademas, bajo la temida é inviolable proteccion de las potencias cristianas, representadas por sus cónsules. A la primera queja de un superior, el cónsul escribe al bajá, é inmediatamente se hace justicia. Los frailes que he visto en la Tierra Santa, léjos de presentarme la imágen del largo martirio con que se los honra, me han parecido los habitantes mas felices, mas respetados y mas temidos de estas pròvincias; ocupan unas especies de fortalezas, semejantes á nuestros antiguos castillos de la edad media; estas moradas son inviolables, y están cercadas de murallas, y cerradas con purrtas de hierro, que no se abren mas que para la poblacion católica de las

cercanías, que acude á asistir á los oficios, á recibir un poco de instruccion devota y á pagar en respeto y amor á los frailes el salario del altar. Nunca he salido acompañado de uno de estos padres por las calles de cualquier pueblo de Siria, sin que los niños y las mugeres fuesen á inclinarse bajo la mano del religioso, y á besar aquella mano y la orla de su hábito. Los turcos mismos, léjos de insultarlos, mostraban participar del general respeto que inspiraban.

Ahora, veamos quiénes son esos frailes. Por lo comun, son unos pobres hijos de labradores de España y de Italia, que entraron jóvenes en los conventos de su patria, y que, fastidiados de la vida monástica, han deseado variarla, á lo ménos, con el aspecto de paisés nuevos, y pedido ser enviados á la Tierra Santa. Su residencia en las casas de su Orden establecidas en Oriente, no dura en general mas que dos ó tres años: un buque va á recogerlos y lleva otros hermanos para reemplazarlos. Los que aprenden el árabe y se consagran al servicio de la poblacion católica de las ciudades pasan en ellas mas tiempo y aun á veces toda su vida. Sus ocupaciones y vida son la de nuestros párrocos de aldea; pero están rodeados de mas veneracion y amor. Los otros se quedan encerrados en el recinto de su convento, ó pasan, para hacer su peregrinacion, de una casa á otra, ya á Nazaret,

ya á Belen, algunas veces á Roma, otras á Jafa ó al convento de San Juan, en el desierto: sus únicas ocupaciones son los oficios de la Iglesia y pasear por los huertos ó las azoteas del convento. Nada de libros, nada de estudios, ninguna ocupacion útil: el tedio los devora; el interior del convento hierve en chismes y cábalas; los españoles maldicen de los italianos, y estos de los españoles. Poquísimos nos edificó el modo como hablaban unos de otros los frailes de Nazaret: no hallamos ni uno solo que pudiese sostener la menor conversacion razonable, ni aun sobre los asuntos que su vocacion debia hacerles familiares: ningun conocimiento tienen de la antigüedad sagrada, de los Padres, de la historia de los sitios que habitan: todo se reduce para ellos á cierto número de tradiciones populares y ridículas que se transmiten sin escámen, y que dan á los viajeros como las han recibido de la ignorancia y la credulidad de los árabes cristianos del pais. Todos suspiran por el momento de su libertad y vuelven á Italia ó á España sin ningun fruto para sí ni para la religion. Por lo demas, los graneros del convento están bien provistos; las bodegas contienen los mejores vinos que produce aquella tierra: ellos solos saben hacerle. De dos en dos años llega buque de España que lleva al padre superior los caudales que les envian las potencias católicas España, Portugal é Italia: esta suma, aumentada con las piadosas li-

mosnas de los cristianos de Egipto, de Grecia, de Constantinopla y de Siria, les suministra, á lo que he oido, una renta de sobre millon y medio de reales, que se reparte ente los diferentes conventos, con arreglo al número de frailes y las necesidades de la comunidad. Las fábricas están bien conservadas, y todo indica el bienestar y aun la riqueza relativa en las casas que he visitado.

Pero no he visto ningun escándalo en las casas de los religiosos que he visitado en la Tierra Santa. La ignorancia, el ocio, el fastidio, hé aquí las tres plagas que convendria y se podia desterrar de ellas.

Estos hombres me han parecido sencillos y sinceros, pero fanáticamente crédulos: algunos, en Nazaret, me han parecido unos verdaderos santos animados de la fé mas ferviente y de la mas activa caridad,—humildes, mansos, sufridos, servidores voluntarios de sus hermanos y de los extranjeros. Llevo impresas sus fisonomías de paz y de candor en mi memoria, y su hospitalidad en mi corazon. Tambien conservo sus nombres;—pero ¿qué les importa que sus nombres circulen por la tierra, con tal que el cielo los conozca, y que sus virtudes queden sepultadas en la sombra del claustro donde se complacen en ocultarlas?

La misma fecha.

A la salida de Nazaret, costeamos una montaña cubierta de higueras y de nópalos. A la izquierda se abre un frondoso y verde valle; un lindo caserío, que recuerda á la vista nuestras quintas de Europa, està asentado solo en una de las faldas de este valle: pertenece á un comerciante árabe de San Juan de Acre. Los europeos no corren ningun peligro en las cercanías de Nazaret; una poblacion casi toda cristiana está á su servicio. En dos horas de camino llegamos á una série de vallecitos que circulan graciosamente entre collados cubiertos de hermosas selvas de encinas, que separan la llanura de Kaifá del país de Nazaret y del desierto del monte Tabor. El monte Carmelo, alta cordillera de montañas que arranca desde la corriente del Jordan y va á rematar perpendicularmente sobre el mar, empieza á destacar á nuestra izquierda. Su línea superior, de un color verde oscuro, se dibuja sobre un cielo de un azul sombrío en el que ondean calientes vapores como el vapor que sale de la boca de un horno: sus escarpadas laderas están sembradas de una robusta vegetacion, dominada de trecho en trecho por las airosas capas de las encinas; grises peñones, tallados por la natura-

leza en formas estrañas y colosales, traspasan de cuando en cuando esta verdura y reflejan los esplendentes rayos del sol. Tal era el aspecto que teniamos á nuestra izquierda hasta donde alcanzaba la vista; á nuestros piés, los valles que seguíamos descendian en suaves declives y empezaban á abrirse sobre la hermosa llanura de Kaifá: subiamos los últimos picos que nos separaban de ella, y no la perdiamos de vista un momento mas que para volverla á hallar en breve. Estos cerros entre la Palestina y la Siria marítima, son uno de los sitios mas amenos y solemnes juntamente que hemos contemplado en nuestro viage. De trecho en trecho, las selvas de encinas abandonadas á su sola vegetacion forman estensos claros, cubiertos de una yerba tan tupida como en nuestras paredes de Occidente; detras, la cima del Tabor se alza como un magestuoso altar coronado de verdes guirnaldas en un cielo de fuego; mas lejos la cima azul de los montes de Gelboé y de las colinas de Samaria, tiembla en la vaghezza del horizonte. El Carmelo tiende su sombría cortina de anchos pliegues sobre uno de los lados de la escena, y la vista, siguiéndole, llega hasta el mar que lo termina todo, como el cielo en los hermosos paisés. ¡Cuántos sitios he elegido allí, en mi pensamiento para construir una casa, una fortaleza agrícola, y fundar una colonia, con algunos amigos de Europa y algunos centenares de esos jóvenes desheredados de

todo porvenir en nuestros países demasiado llenos! La hermosura de los sitios y del cielo, la prodigiosa fertilidad del suelo, la variedad de los productos equinociales que se pueden aquí pedir á la tierra; la facilidad de proporcionarse trabajo á bajo precio; la proximidad de dos inmensas praderas, fecundas, regadas é incultas; la cercanía del mar para la esportacion de los géneros; la seguridad que fácilmente se obtendría contra los árabes del Jordan, alzando ligeras fortificaciones á la salida de las gargantas de estas colinas, todo me hizo elegir esta parte de Siria para la empresa agrícola y civilizadora que luego he decidido plantear.

La misma fecha, al anochecer.

Nos ha sorprendido una tempestad en medio del día:—pocas he visto tan terribles. Las nubes se han elevado perpendicularmente, como torres, encima del monte Carmelo; pronto han cubierto toda la larga cresta de esta cordillera; la montaña, un momento antes tan serena y esplendente, se ha sumergido poco á poco en rodantes olas de tinieblas surcadas de trecho en trecho por regueros de fuego. Todo el horizonte se ha rebajado en pocos momentos y se ha estrechado sobre nosotros: el trueno no tenía sucesivos rumores, era un solo

estampido magestuoso, continuo y atronador como el estruendo de las olas en la orilla del mar, durante una recia tempestad. Los relámpagos chorreaban verdaderamente como arroyos de lumbre del cielo, sobre las negras laderas del Carmelo; los robles de la montaña y los de las colinas donde estábamos todavía, se doblaban como juncos; el viento que salía de los desfiladeros y de las cavernas nos hubiera tumbado, si no nos hubiéramos apeado de nuestros caballos, y no hubiéramos hallado un poco de abrigo detras de las paredes de un peñasco, en el cauce desecado de un torrente. Las hojas secas, levantadas por la borrasca, giraban sobre nuestras cabezas como nubes, y las ramas de los árboles llovían al rededor nuestro. Acordéme de la Biblia y de los prodigios de Elias, el profeta esterminador en su montaña; su gruta no estaba distante.

No duró la tempestad mas que media hora; bebimos el agua de la lluvia, recojida en las mantas de fieltro de nuestros caballos. Descansamos algunos momentos, á cosa de mitad del camino de Nazaret á Caifá, y proseguimos nuestra marcha dando vuelta al pié del monte Carmelo, teniendo á nuestra izquierda la montaña, y una espaciosa llanura con un rio á la derecha. El Carmelo, que seguíamos así durante unas cuatro horas de camino, nos presentó por todas partes el mismo aspecto severo y solemne; es una pared gigantesca y casi perpendicular, cubierta por dó quiera de una capa

de arbustos y de yerbas aromáticas. En ningun punto se vé la roca pelada; algunos fragmentos, desprendidos de la montaña, han resbalado hasta la llanura:—son como ciudadelas dadas por la naturaleza para servir de base y de abrigo á aldeas de árabes cultivadores. Solo hallamos una de esas aldeas, à cosa de dos horas antes de distinguir la ciudad de Kaifá. Las casas son bajas, sin ventanas, y están cubiertas de un terrado que las guarda de la lluvia: encima, los árabes levantan, con ramas sostenidas con troncos de árboles, un segundo piso de verdura que habitan en verano.—Aquellos terrados estaban cubiertos de hombres y mugeres que nos miraban pasar, llenándonos de injurias. El aspecto de esta poblacion es feroz, pero nadie se atrevió á bajar del cerro para insultarnos mas de cerca.

A las siete, nos acercábamos á Kaifá, cuyas cúpulas, minaretes y blancas murallas forman, como en todas las ciudades del Oriente, un aspecto brillante y alegre à cierta distancia. Kaifá se alza al pié del Carmelo, sobre una playa de arena blanca en la orilla del mar: esta ciudad forma la estremidad de un arco, cuya estremidad opuesta es San Juan de Acre. Las separa un golfo de dos leguas de ancho; este golfo es una de las mas deliciosas riberas del mar en que puede descansar la vista de los marinos. San Juan de Acre, con sus fortifi-

caciones acribilladas por el cañon de Ibrahim-Bajá y de Napoleon, con el calado cimborio de su mezquita derruida, con las velas que entran y salen de su puerto, atrae los ojos sobre uno de los puntos mas importantes é ilustrados por la guerra: en el fondo del golfo se ve una espaciosa llanura cultivada;—el monte Carmelo proyectando su gran sombra sobre esta llanura;—luego Kaifá, como una hermana de San Juan de Acre, abrazando el otro lado del golfo, y avanzando en el mar con su pequeño muelle, en el que se mecen algunos bergantines árabes;—encima de Kaifá, un bosque de gruesos olivos; mas arriba aún, un camino labrado en la roca, que remata en la cima del tope del Carmelo;—en él dos vastos edificios coronan la montaña, —uno, casa de recreo de Abdallá, bajá de Acre; —otro, convento de los religiosos del monte Carmelo, construido recientemente con las limosnas de la cristiandad, y coronado por una ancha bandera tricolor, para anunciarnos el asilo y la proteccion de los franceses; un poco mas abajo que el convento, inmensas cavernas abiertas en el granito de la montaña, que son las famosas grutas de los profetas. Tal es el paisaje que nos llama la atencion al entrar en las polvorosas y angostas calles de Kaifá. Los habitantes atónitos miraban desfilar nuestra larga caravana. A nadie conociamos; ningun asilo, ninguna hospitalidad teniamos derecho á reclamar. La casualidad nos hizo encontrar à un